
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

ELOGIO FÚNEBRE

DE

DON LUCAS TADEO DELGADO,

HERMANO MAYOR QUE FUÉ

DE LA M. H. HERMANDAD

DE LA

STA. CARIDAD Y MISERICORDIA DE NTRO. SR. JESUCRISTO

DE ESTA CIUDAD,

LEIDO EN EL CABILDO GENERAL DE 12 DE MAYO DE 1870.

Se imprime por acuerdo de la Hermandad.

CADIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA.

1870.

ELOGIO FÚNEBRE

DE

D. LUCAS TADEO DELGADO,

HERMANO MAYOR QUE FUÉ

DE LA MUY HUMILDE HERMANDAD

DE LA

SANTA CARIDAD Y MISERICORDIA DE NTRO. SEÑOR JESUCRISTO

DE ESTA CIUDAD,

LEIDO EN EL CABILDO GENERAL DE 12 DE MAYO DE 1870.

SE IMPRIME POR ACUERDO DE LA HERMANDAD.



CADIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,
1870.

Hermanos nuestros:

La Regla de esta Santa Hermandad, como inspirada y llena del espíritu de humildad cristiana, inseparable del de la verdadera Caridad que tiene por título y objeto, no señala á la Junta de Gobierno ni á ninguno de sus Oficiales la obligacion de hacer el elogio de aquellos de nuestros hermanos á quienes llama Dios á su seno durante el tiempo en que estaban ejerciendo el cargo de Hermano Mayor, cargo tan meritorio cuanto difícil de desempeñar, si han de observarse fielmente en su cumplimiento los deberes que imponen el mejor servicio de Dios nuestro Señor y de los pobres, nuestros hermanos. Pero como tampoco lo prohibe, y como el Sr. D. Lúcas Tadeo Delgado, el antiguo y por tantos títulos inolvidable Hermano Mayor que acaba de fallecer y para cuyo dificilísimo reemplazo nos hallamos aquí congregados, ha dado, durante el largo periodo de su ejercicio, para el que era constante y casi siempre unánimemente reelegido, muestras tan extraordinarias y relevantes de zelo, de inteligencia y de abnegacion, de tal suerte que podemos considerarlo cual verdadero res-

taurador de la Hermandad, ha creido la Junta que cumplia una estrecha obligacion de justicia, de respeto y de cristiano cariño á su imperecedera memoria, acepta á los ojos de Dios y gratísima á los de todos los que tuvieron la honrosa dicha de contarse entre sus hermanos dentro de esta piadosa institucion, leyendo aquí y consignando en el acta, si así se dignan de acordarlo, estas breves palabras en su merecido elogio.

Exponer y ensalzar en este sitio los incesantes afanes de Don Lúcas Tadeo Delgado para el sostenimiento de la Hermandad y de su Santo Hospital cuando todavía no se le habian devuelto los bienes de su dotacion; la proverbial pureza y el notorio tino con que ha venido administrándolos; el incansable desvelo, el esmero caritativo, la inquebrantable constancia con que dia y noche cuidaba y asistia personalmente á los enfermos nuestros hermanos, aun en épocas, como sucedió durante la guerra de Africa, en que habia que luchar con el desmedido é imprevisto número de estos y de los heridos, y hasta con la consiguiente falta de medios materiales de asistencia, afrontando al mismo tiempo con la serena calma del hombre que cumple su deber y con la heróica abnegacion del cristiano los riesgos del contagio; exponer y ensalzar en este sitio semejantes actos de nuestro difunto Hermano Mayor es tarea inútil, porque son conocidos, no solo de cuantos aquí nos hallamos congregados, sino de todos nuestros convecinos que han tenido frecuentes ocasiones para ver de cerca y para apreciar sus virtudes y, sobre todas ellas, su caridad ardiente é inagotable, así en la vida que esta Santa Hermandad ha pasado durante los últimos años, como en la época de aquella campaña, y como en los triste periodos en que la cólera divina ha castigado con terribles epidemias las

impiedades y abominaciones de nuestra generacion desdichada.

Y no ha sido la perenne y solícita asistencia personal de D. Lúcas Tadeo Delgado á nuestros hermanos los enfermos de este santo Hospital el único timbre de su gloria. Ahí están tambien, para aquilatar su mérito y para engrandecer sus servicios á favor de la humanidad doliente y desvalida, los esfuerzos constantes, enérgicos y, gracias á la Divina Misericordia, coronados por feliz éxito para que nuestra Santa Hermandad lograse recuperar los bienes con cuyas rentas habia de atender al cuidado y curacion de los enfermos pobres en un establecimiento que, merced á su celosa é inteligente direccion, puede presentarse hoy con legítimo orgullo (si tal sentimiento pudiese caber en pechos henchidos de cristiana humildad) como modelo de todos los de su clase, ya sean públicos, ya pertenezcan tambien á fundaciones particulares: ahí están asimismo, y muy principalmente, la prudencia y tino con que organizó y la solicitud y el acierto con que dirigia los socorros llevados al domicilio de los pobres por los hermanos, á cuyo cargo los encomendaba, que fueron distribuidos siempre con caritativa exactitud, y que tantos y tan eficaces bienes han sembrado entre las familias menesterosas de nuestra ciudad, recogiendo al mismo tiempo copiosísima cosecha en honra y servicio de Dios nuestro Señor. Por eso pudimos ver, embargadas las almas con cristiano consuelo en medio del dolor profundo que las apenaba, el dia en que acompañamos el cadáver de nuestro inolvidable Hermano Mayor al santo recinto de los muertos, llevándolo á nuestros hombros y dando tierra á su cuerpo con nuestras propias manos, cómo seguia al modesto cortejo fúnebre una multitud de personas á quie-

nes no atraian ciertamente ni la pompa del acto ni la esperanza de obtener numerosas y largas limosnas. No habia que extrañarlo: eran pobres de Jesucristo que acompañaban el cadáver de D. Lúcas Tadeo Delgado, el Hermano Mayor tambien de todos los pobres, llorando la muerte y bendiciendo la memoria de aquel á quien con tanta exactitud puede aplicarse la concisa y elocuente frase del texto sagrado: *pertransiit benefaciendo.*

D. Lúcas Tadeo Delgado era todo caridad. Para la caridad vivia; para la caridad encontraba fuerzas, sobreponiéndose su firme voluntad, visiblemente sostenida por la mano de Dios, á las leyes de la naturaleza, pues lo alentaban los ímpetus del ardor juvenil, cuando se trataba de asistir á los enfermos ó de socorrer á los pobres, ya en la vejez, rodeado de numerosas, distintas y graves ocupaciones, y quebrantada su salud por grandes padecimientos. No era rico: vivia casi exclusivamente del producto de su constante y honrado trabajo personal, y desatendia sus propios negocios por el cuidado de los pobres y de los enfermos, y distribuia sus cortas ganancias, viviendo con suma modestia, entre su familia y los pobres, familia tambien suya y muy querida, que le habia encomendado el Señor. Era abogado, y siempre se le veia encargarse con gozo y con entusiasmo de los pleitos de pobres, prefiriéndolos y anteponiéndolos á los que podian proporcionarle algun lucro. Así vivió nuestro Hermano Mayor, amado y bendecido por los pobres, amado y aplaudido por sus hermanos, amado igualmente y respetado por sus convecinos y por cuantos tuvieron ocasion de conocerlo y tratarlo y de ser sabedores de sus virtudes.

Y ¿cómo ha muerto? La Providencia divina que se complace en prodigarnos saludables enseñanzas por me-

dio de coincidencias extrañas, que pueden pasar por meramente casuales á los ojos del mundo, pero que son en realidad manifestaciones elocuentes de su poder y sabiduría, dispuso llevarlo de esta vida el dia mismo en que iban á cumplir con el precepto Pascual los enfermos de este santo Hospital, y muy pocas horas ántes de aquella en que habia de celebrarse este imponente y tiernísimo acto. De esa manera pudieron los pobres enfermos, al recibir en sus pechos el Pan de los Angeles, encomendar á Dios, con pena sincera en el corazon y lágrimas ardientes en los ojos, al que habia sido para ellos padre solícito y hermano cariñoso; de esa manera pudimos todos elevar por su alma á Dios nuestro Señor preces fervorosas, unidas á las de nuestro venerable y respetado Pastor que se dignó de dirigirlas, y que tanto amaba á nuestro difunto Hermano Mayor, por lo mismo que habia tenido tantas ocasiones y tantos motivos para conocerlo.

Ya lo hemos perdido para siempre: pero abriguemos la piadosa esperanza de que, habiendo salido de este mundo en el mes en que se están tributando en nuestro Templo los acostumbrados cultos á la Madre del Verbo Encarnado, en el dia mismo que consagra la Iglesia á conmemorar la Aparicion de nuestro Titular el Arcángel S. Miguel, habrá sido llevado sobre sus alas y bajo el manto de nuestro Patrono S. Juan de Dios á la presencia del Señor que lo habrá recibido en su seno, colocándolo entre sus escogidos. Desde allí velará por nuestra congregacion con el mismo amor, mas purificado aun en las regiones celestiales, con que la presidió y gobernó en vida: y entre tanto, cuando hemos dado tierra á su cuerpo, en el suelo, cual cumplia á su humildad y á la de esta Santa Hermandad, procuremos no ol-

vidar su memoria, que debe servir de noble, santo y poderoso estímulo para sus sucesores en el cargo, y de alto ejemplo para todos nosotros: y aunque la inclemencia ó el trascurso del tiempo, y ántes aun las lágrimas de los pobres de Jesucristo lleguen á borrar el sencillo epitafio de la modesta Cruz de madera, que, como el símbolo mas propio en el sepulcro de un cristiano, ha colocado la Hermandad sobre el reducido espacio de terreno que cubre su cadáver; otro monumento, mas duradero que el mármol y el bronce, y otra leyenda mas indeleble que las inscripciones esculpidas en ellos, quedarán siempre de D. Lúcas Tadeo Delgado: el recuerdo vivo de su *caridad*, fijo en el corazon de sus hermanos, grabado en las almas de los pobres, y señalado á los hombres como dechado por el premio que Dios le habrá concedido en la otra vida. Descanse allá, en el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz, que es la herencia prometida á los que con la fé cristiana tienen la dicha de morir en el Señor, y haga la Misericordia Divina que todos nosotros, sus hermanos en esta santa Congregacion, podamos volver á unir allí nuestras alabanzas á las suyas, como ya las uníamos en la tierra. Así sea.

Cádiz 12 de Mayo de 1870.

